

estrecha, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas reales en medio del arco; en el telón, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada: Minerva mandando á los genios de las Artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles.

»Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cañuela*, el palco real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores con el sombrero en la mano, en las lunetas algunos con uniforme de gala, capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes; poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del teatro, ninguno; la iluminación de cera constituía el lujo de aquella noche.»

Alzóse el telón; aparecieron en el tablado Joaquín Capraza y Gertrudis Torre (los actores no usaban don en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del Rey y la actriz comenzó diciendo:

Doña Francisca.—Y bien, don Braulio, ¿qué le parece á usted *Ziragoza*?

Don Braulio.—Muy bien me parece.

Doña Francisca.—Digo que no tiene usted gusto para nada. Ni esta ciudad ni otra alguna de la Península pueden compararse con una aldea de Fran-

cia. ¿Ha visto usted en España paseo que no sea triste, teatro que no esté mal construido, tertulia que no sea insípida?

Don Braulio.—Tiene usted mil razones. ¿Ha estado usted mucho tiempo en Francia?

Doña Francisca.—No, señor; jamás. No he tenido tanta fortuna; pero ¡me la han alabado tanto!

Dijo la Gertrudis Torre estas frases con tal gracejo, que todo el concurso prorrumió en una estrepitosa carcajada. El resto de la representación fué una pura risa continuada. Interesóse el público por aquellos cuatro simpáticos enamorados de Calatayud y los aplausos menudearon.

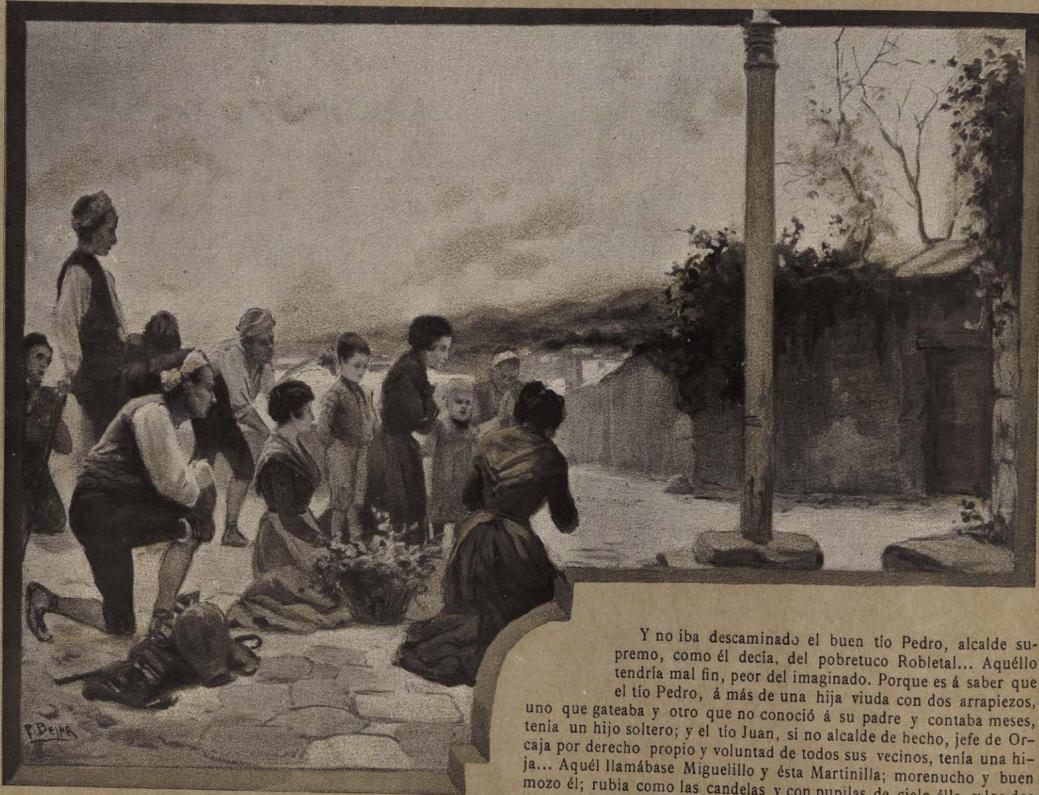
En el escenario encontró Bretón á Gil de Zárate.

—¿Y su Rodrigo?

—De los brazos de la Cava ha pasado á los del padre Carrillo, que no le suelta á tres tirones.

A la *vejez viruelas* produjo á Bretón menos de quinientos reales. Al año siguiente su gran éxito *A Madrid me vuelvo* le valió mil trescientos reales. Sus comedias las imprimía quien le daba la gana, sin pagar un céntimo, que entonces los frutos del ingenio eran considerados bienes mostrencos.

DIONISIO PÉREZ



## LA CRUZ DE LAS DISCORDIAS

Ya lo decía el tío Pedro, autoridad suprema de Robletal, cuando los domingos se paseaba por la carretera al atisbo de incidentes desagradables entre los mozos de su pueblo y los de la aldea vecina: «Esto acabará mal... Esa bendita cruz, será la perdición de alguien...» murmuraba cejijunto, dando golpes con su vara de alcalde en los guijarros del camino. — Mi usté que es tema esa la de que si la cruz de Robletal es de Orcaja, y si los de aquí tenemos derecho á llenarla de flores ó el derecho lo tienen ellos para eso mismo... Pícaro cruz... ¡Dios me perdone! Los pícaros somos nosotros y los mastuerzos todos; porque digo yo: ¿de quién va á ser la cruz sino de todos? Cuando yo era mozo, y ya voy echando la pluma blanca, decíamos los mozos á los viejos: «¡Andel! que tié usté más años que la cruz del partido.» ¿Quién la puso ahí? El cura, que aunque no es tan autoridad como yo, sabe mucho, dice que unos ángeles; el médico asegura que unos frailes que *hubieron* en lo que hoy es la casería de Loña, y el boticario afirma que la pusieron enonde está, unos antepasos suyos... ¡Maldito boticario! Así me solivianta á los mozos del partido pa defender la bendita cruz... Lo dicho: esto acabará mal... Un día se engrescan los de Orcaja, se ligan la manta á la cabeza los de mi Robletal y hay aquí un desvío de los gordos con mucha sangre. »

Y no iba descaminado el buen tío Pedro, alcalde supremo, como él decía, del pobretuco Robletal... Aquello tendría mal fin, peor del imaginado. Porque es á saber que el tío Pedro, á más de una hija viuda con dos arripiezos, uno que gateaba y otro que no conoció á su padre y contaba meses, tenía un hijo soltero; y el tío Juan, si no alcalde de hecho, jefe de Orcaja por derecho propio y voluntad de todos sus vecinos, tenía una hija... Aquel llamábase Miguelillo y ésta Martinilla; morenucho y buen mozo él; rubia como las candelas y con pupilas de cielo ella, y los dos enamorados recíprocamente, como dos tortolillos en su primera cría.

Y aquí estaba lo malo: en que el tío Juan, padre de Martina, por odio al buen tío Pedro y á su vara, mantenía más vivo que nunca el sagrado fuego del exclusivismo con respecto al derecho á la cruz... La cruz de piedra situada en el punto que se unían los límites de los dos partidos, era de Orcaja aunque á ello se opusiera el mundo entero, con el tío Pedro y su vara á la cabeza.

—Pero, hombre de Dios, —le dijo Pedro al voluntarioso padre de Martina, cierta tarde que se lo hubo á tiro de palabra. — Pero ¿que más da que la cruz sea de Orcaja ó de Robletal? ¿No murió en ella Cristo por todos? Pues que todos la adornen y vayan en romería los domingos á adorarla.

Pero el señor Juan... que nones. ¿Era la cruz de Orcaja? Pues los Orcajenses la adornarían.

Suerte que el alcalde de Robletal era hombre pacífico de suyo y bueno como un cristiano tonto, que sino, más de una vez hubiera concluido á estacazos ó tiros aquel eterno «que es de Orcaja». «Pues dicen que es de Robletal.» «¡Mienten!» «¡Que no!» «¡Que sí!»

Lo dicho: que aquello tenía que acabar mal... y mal acabó, sobre todo para Juan, Pedro y sus correspondientes hijos, Miguelillo y Martina, que se pasaban las noches de claro en claro, desplumando las alas de Cupido...

¡Y cuidado si se querían los dos mozos! Ajenos á todas aquellas contiendas, sólo deseaban que terminasen y sus padres se aviniesen al casorio, cosa en verdad difícilísima en el camino porque marchaban las cosas... ¡Oh! Y allí no valía el ser mayor

de edad, ni el existir leyes que amparan los derechos de los hijos... Por suerte ó por desgracia, en Robletal y en Orcaja, como en la inmensa mayoría de los pueblos y aldeas humildes, que apenas si figuran en el mapa, no había más ley que la secularísima de obediencia filial. «Padre manda.» Esta es la ley. «Y tú obedeces y te casas con quien quiero ó no te casas porque yo lo mando.» Eso del juez y el depósito y la emancipación y demás efectos ó consecuencias de la ley, se ha hecho para los ímpios de las ciudades. En los Orcaja y Robletal, hay mucha fe, mucha sumisión y mucha obediencia; y si al padre le acomoda, la chica cumple los cuarenta sin casarse y sin chistar; para eso es hija; para obedecer. Si por el derecho de propiedad de una cruz de término se cazan á tiros, díganme ustedes lo que pasaría si una hija no obedeciese la ley paterna ó no respetase tales derechos.

Y por esto... por esto se morían de pena Miguelillo y Martina; porque eran hijos, y aunque mayores de edad, no lo eran en gobierno, que es la administración del poder.

—Esa bendita cruz será nuestra perdición—decíale él.

—Aunque tu padre no te quiera yo sí te quiero... y te querré siempre ¡siempre! Que no me case contigo, podrá lograrlo padre; pero que no te quiera, eso... eso no, Miguelillo.

Llegó el día más temido: el de las fiestas de Robletal... Las mozas habían tejido guirnaldas y hecho acopio de tomillo y retama olorosa para la bendita cruz... Los mozos... ¡buen acopio te dé Dios! requirieron el pistolón, el *cachorrillo*, la honda, la navaja y el vil garrote. Todo ello, por un por si acaso, pues seguramente los mozos de Orcaja tratarían de evitar que adornasen la cruz.

De intento, la romería partió de Robletal antes que de costumbre, llegó á la cruz, prosternóse de rodillas ante ella, con el alcalde á la cabeza, y un diluvio de flores, retama y guirnaldas, cayó sobre el pedestal.

—Esto marcha bien... —pensaba el tío Pedro—quiera Dios que no nos molesten los de Orcaja.

Mas no había concluido de formular mentalmente su pensamiento, cuando de los desmontes vecinos comenzó á caer un verdadero diluvio de piedras, algunas de las cuales hicieron blanco en las mujeres que ocupaban la vanguardia.

—¡Repuñales! —gritó con indignación el tío Pedro, por primera vez en su vida. — ¡Eso á mí ¡al alcalde! ¡á la autoridad suprema!

Las piedras seguían lloviendo... Un grupo de mozos de Orcaja, con el señor Juan al frente, avanzó hacia la cruz sin cesar en su pedrea; una voz gritó: «¡canallas!»; otros respondieron con la rica variedad de interjecciones de que tan bien provisto está nuestro idioma; y los de Robletal avanzaron, á pesar de la oposición del alcalde; y los Orcajenses también; y... aquéllo acabó como tenía previsto el buen Pedro: ¡muy mal! Cada mozo vengaba sus agravios en el que más antipático le era... y hubo tiros y palos y sangre.

Pero lo más grave fué el final, pues habiendo avanzado Miguelillo para calmar al iracundo padre de Martina, éste le gritó:

—A ti te buscaba, buen mozo... Ven para acá, que hartó estoy ya de tus mosconeos, que ni á palos logro quitarle de las orejas á mi Martina.

—Pero señor Juan...

—A ti y á tu padre os las tengo prometidas.

—Señor Juan...

—Sois unos granujas...

—Señor Juan...

—Anda con ésta y no vuelvas por las tapias de mi corral.

Sonó un grito de dolor y otro de ira... Miguelillo acababa de recibir un navajazo en el pecho, dado por el señor Juan; pero éste no contaba con que el tío Pedro, antes que alcalde prudente, era padre amantísimo de sus hijos; y... no hubo remedio; los dos poderes efectivos de Robletal y Orcaja, se encontraron frente á frente, lívidos, iracundos, feroces.

La lucha fué breve. Cada cual esgrimía su navaja corta y ancha, de aguda punta y tajante filo... Rodaron por el suelo los dos, forcejearon, revolviéronse, hasta se mordieron como fieras... y al fin se levantó uno: el tío Pedro, el bonachón alcalde, que mirando muerto á sus pies al padre de Martina, tiró la navaja y murmuró con voz ronca:

—Esto había de acabar mal.

La guardia civil, llegada oportunamente, se encargó de prender á la suprema autoridad de Robletal y conducirla ante el juez del partido... Los telegramas expedidos á los periódicos mencionaron una vez más las tristes consecuencias de esas rencillas eternas entre pueblos vecinos; al pobre Miguel le enterraron casi junto á su matador el señor Juan; el tío Pedro fué á la cárcel tan solo para algunos años, gracias á la protección del cacique de la provincia, y allá en Robletal y Orcaja quedaron llorando: la pobre Martina su orfandad y su amor perdido, y la hija del señor Pedro, su abandono y la miseria en que, poco á poco, quedó con sus dos pequeñuelos, los nietecillos del bondadoso ex alcalde.

Únicamente la cruz, siguió en su puesto, extendiendo sus brazos redentores, sobre las miserables luchas de los mortales.

La noche era plácida, serena, de estío... El señor Pedro, llena de canas la cabeza, volvía con su hatillo y su cayado, del penal de San Miguel de los Reyes... A pasos lentos y cansados, avanzaba por la carretera... Iba á pasar junto á la cruz, en cuyas gradas cayó muerto Miguelillo, iba á saber de sus nietos... ¿Qué habría sido de ellos? Sólo una carta recibió en el penal, notificándole la muerte de su hija, carta de incorrecta oración, breve y confusa como los pensamientos de un loco... ¡Pobrecillos! Por ellos y por el hijo asesinado lloraba en presidio...

Se detuvo... Sí... aquel mástil blanco de piedra, era la cruz, el límite de dos odios. Allí cayó su hijo; allí fué el criminal. ¡La cruz! ¡La cruz!... Avanzó hacia ella iracundo, terrible, blasfemando; aquel símbolo de redención, para él, lo era de discordia, de odio, de venganza. «¡Cruz maldita! ¡cruz...!» Quedó atónico el ya viejo Pedro... Una figura vestida de negros harapos y llevando de la mano á dos niños, avanzaba hacia el tosco pedestal... La miró... Se oyeron dos gritos:

—¡Martina!

—¡Señor Pedro!

Luego largo silencio, una contemplación muda y mutua, algo así como un diálogo de los pensamientos... Después...

—Te casaste, ¿eh?

—No, señor Pedro.

—¿Esos rapaces...?

—No son míos.

—¿Me odias?

—No.

—Maté á tu padre.

—El mató á Miguel.

—¿A qué vienes aquí de noche?

—A rezar.

—¿Por quién?

—Por todos.

—¿Con esas criaturas?

—Sí; ellas también rezan. Yo les he enseñado. Venga usted y verá... Arrodillémonos todos.

—¡En la cruz, no!

—En la cruz, señor Pedro. Así... de rodillas... Oiga usted... ya rezan los chicos... Por madre que está en los cielos... porque el abuelo vuelve pronto.

—¡Martina! ¿Son estos...?

—Sus nietos, señor Pedro. Aquí los tiene usted criados por mí, desde que murió su hija de usted...

—¡Martina! ¡hijos míos!

—Déjeles usted que acaben su oración á la cruz.

—¡Cruz de las discordias!

—Señor Pedro, es la cruz... Nada más... Ante ella han caído los

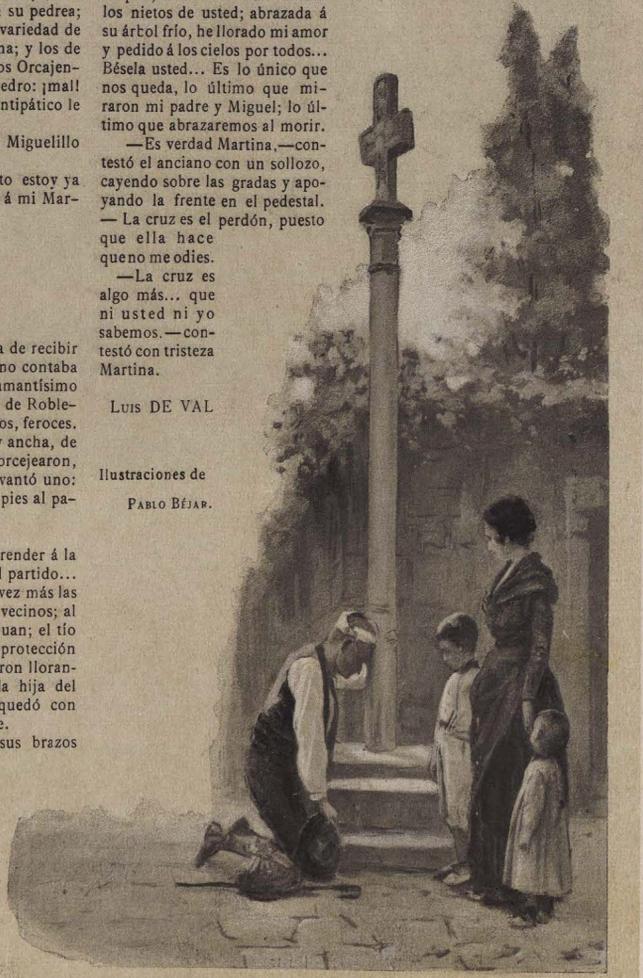
nuestros por sus odios y sus culpas; ante ella han rezado los nietos de usted; abrazada á su árbol frío, he llorado mi amor y pedido á los cielos por todos... Bésela usted... Es lo único que nos queda, lo último que miraron mi padre y Miguel; lo último que abrazaremos al morir.

—Es verdad Martina, —contestó el anciano con un sollozo, cayendo sobre las gradas y apoyando la frente en el pedestal. — La cruz es el perdón, puesto que ella hace queno me odies.

—La cruz es algo más... que ni usted ni yo sabemos. —contestó con tristeza Martina.

LUIS DE VAL

Ilustraciones de  
PABLO BÉJAR.





# LO QUE ES EL OLIMPO

¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un juego  
de pájaros, de músicas y de flores.—  
¿Qué es para el joven? — Lupanar de amores,  
eterna forma del Olimpo griego.—  
¿Qué es para el hombre? — Para el hombre ciego  
es un templo de glorias y de honores;  
y el viejo se lo finge en sus dolores  
como un rincón de paz y de sosiego.—  
Y el viejo ya senil ¿en qué convierte  
del Olimpo la espléndida morada?—  
En un *no sé*, que es menos que la muerte.  
Así la infancia y la vejez helada  
van cambiando el Olimpo de esta suerte  
en flores, en amor, en paz, en nada!

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Ilustración de GASPARD CAMPS.



Cuadro de T. MUÑOZ LUCENA.